

EL
SANATORIO
DE LAS
ALMAS
PERDIDAS

HELENA
MONTUFO

e
ESPASA

HELENA MONTUFO
EL SANATORIO DE LAS ALMAS
PERDIDAS



© Helena Montufo, 2023
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: mayo de 2023

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 7.179-2023
ISBN: 978-84-670-6945-7

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impresión: Unigraf, S. L.
Impreso en España - *Printed in Spain*



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Noviembre de 1870

El crepé del vestido negro que había escogido esa mañana crujió mientras intentaba ajustarlo a mi cintura. Era idéntico a los demás vestidos de luto que usaba desde hacía casi un año, pero ya me había acostumbrado a verme casi exclusivamente de negro. Nos encontrábamos en la tercera etapa del luto, la más laxa, por lo que socialmente estaba aceptado que añadiésemos a nuestro reducido abanico de colores el morado, el gris y el blanco.

Sin embargo, Heather no quería llevar otro color que no fuera el negro. Se negaba rotundamente. Había sufrido tan en el fondo de su alma la pérdida de su madre que pensaba que llevar colores más alegres suponía una falta de respeto hacia la difunta. Yo sí empecé a añadir tímidamente otros a mi indumentaria diaria, pero lo hacía con una pizca de remordimiento. La gran mayoría de días seguía usando mis vestidos negros y de tejidos rígidos e incómodos, como el crepé o la bombacina. Cuando caminábamos juntas por el pueblo, o nos retirábamos al campo para respirar un poco de aire puro, nuestra estampa me recordaba a la de dos cuervos negros y brillantes surcando un cielo frío.

Me sujeté la melena en un recogido bajo, sencillo y anodino, como cada día. Mientras terminaba de arreglarme, miré de reojo hacia la cama de Heather. Ella seguía durmiendo, o aparentándolo. Antiguamente, ella y yo nos levantábamos al alba y nos preparábamos juntas mientras conversábamos sobre cualquier tema. Pero desde que murió Mary, Heather tomó la costumbre de permanecer en la cama todo lo que su cuerpo aguantase. No quería presionarla, pues no sabía si sufriría más dormida, quizá presa de sus pesadillas, o despierta, al tener que enfrentarse a una dolorosa realidad que no era capaz de soportar.

Antes íbamos juntas a trabajar en la King Arthur's Inn, hospedería que fundaron madre e hija tras el accidente de tren que sufrió la familia, en el que falleció Raymond, el padre y esposo, Mary quedó malherida y Heather salió milagrosamente ilesa. Tiempo después, con el dinero que la familia había reunido a lo largo de los años, abrieron el establecimiento. Cuando Edward, mi padre, conoció a Mary, ambas se dejaban la piel trabajando allí. Tras contraer matrimonio, Mary encontró una socia a la que venderle la mitad de la hospedería, con la idea de reducir sus horas de trabajo para poder dedicarse a su nuevo marido y al hogar que había formado junto a él, su hija Heather y yo.

Todavía recuerdo la sensación de amable sorpresa que sentí en el momento en que me di cuenta, con apenas once años, de que había aparecido en la vida de mi padre una señora llamada Mary que parecía ser importante. Llevaba algunas semanas escuchando su nombre aquí y allá, colándose y traspapelándose de manera casual en las conversaciones que papá tenía conmigo y con otras personas. Intuí que iba a escucharlo cada vez más, y no me equivoqué.

Un día, mientras me asomaba a la ventana de mi pequeño dormitorio infantil, vi llegar a papá a casa paseando al lado

de una mujer cuyo rostro no me resultaba familiar. En cuanto se despidieron y él entró por la puerta, me abalancé a sus brazos, presa de la curiosidad. Efectivamente, Mary era esa misteriosa señora que caminaba junto a él.

Así comenzó su cortejo. Poco después, fuimos él y yo a visitar a Mary a su negocio. Nunca olvidaré la primera vez que vi a Heather. Se encontraba allí, tan atareada como su madre, corriendo por los pasillos del establecimiento y apartándose a manotazos los mechones de cabello que se le habían soltado del recogido. En el momento en que reparó en nuestra presencia, guardó silencio, y se limitó a permanecer al lado de su madre, hablando solo en los momentos en que la etiqueta lo indicaba. Era una muchacha alta, de talle alargado, como el de un abedul. Me miró atentamente, con sus ojos avellana teñidos de una mezcla de curiosidad e intriga. Resultaba fascinante lo elegante de su porte, que nada tendría que envidiarle al de una duquesa, pese a estar vestida con su uniforme raído y llevar el pelo en un moño medio deshecho. Intercambiamos reverencias, ella volvió a sus quehaceres, y Mary nos hizo un recorrido por la fonda. No era demasiado grande, pues únicamente podía albergar a unos veinte huéspedes. Nos explicó que era un establecimiento de ambiente familiar, cuyos clientes eran, o bien habituales, o bien vivían permanentemente allí.

Cuando volvimos a casa aquel día, yo no podía parar de hablar de Mary y de su hija, tan entusiasmada como me encontraba. Sentía una gran fascinación por Heather, alimentada quizá por el hecho de que yo todavía era una niña y ella una muchacha de dieciocho años. Papá, aturullado, asentía y respondía con monosílabos, pero tampoco hacía por detener mi perorata.

El cortejo duró aproximadamente seis meses. Después, vino la boda, que se celebró en la iglesia de Berkhamsted,

nuestro pueblo. Acudió poca gente, por lo que pareció que la iglesia se nos había quedado grande. Yo llevé un vestido nuevo, encargado específicamente para la ocasión, color lila con flores cosidas y una amplia crinolina debajo. Mientras el cura oficiaba la ceremonia, recuerdo mirar a Heather, y que ella me miraba también. No intercambiamos palabra, pero yo sabía lo que ella sentía en ese momento. Tuve la certeza de que pensaba en su difunto padre, de la misma manera en que yo lo hacía en mi difunta madre. Ambas nos alegrábamos por la unión de mi padre y su madre, pero no podíamos evitar tener presentes a personas tan importantes para nosotras. Le cogí la mano en señal de apoyo y ella apretó mi pequeña manita entre las suyas.

A partir de ese momento, empecé a tener una hermana. Tras una modesta y reducida luna de miel en Blackpool, la ciudad costera de moda, Mary y Heather se mudaron a nuestra casa, demasiado espaciosa para nosotros dos, y comenzamos a convivir como una familia. Todo fluyó desde el principio: papá y ella parecían entenderse y complementarse a la perfección, y Heather me aceptó como a la hermanita menor que nunca tuvo. Ellas siguieron yendo a trabajar, pues el pequeño sueldo que papá aportaba con su taller de relojería no era suficiente para mantenernos a los cuatro. Yo esperaba ansiosamente cada día a que volvieran de su jornada laboral. Sentía cierta envidia hacia ellas; mientras yo me aburría en casa, recibiendo lecciones de historia y aritmética de una institutriz que, aunque no vivía con nosotros, me visitaba a diario, ellas salían a la calle, se relacionaban con otras personas y hacían cosas que a mí me resultaban apasionantes.

Cuando cumplí dieciséis años, me permitieron empezar a hacer algunos recados en King Arthur's Inn. No era un trabajo a tiempo completo, sino pequeñas tareas. Recuerdo no caber en mí de alegría, pues por fin podía sentir que formaba

parte de un equipo, que podía aportar mi granito de arena para que los numerosos engranajes de la hospedería siguieran moviéndose. Aquellos encargos fueron aumentando, y, casi sin reparar en ello, acabé pasando mis días completos en la fonda. Me encantaba estar allí, y terminé adorando aquel lugar, hasta el punto de considerarlo casi un hogar, como lo habían hecho Mary y Heather antes de mudarse al nuestro.

Siempre he sido muy extrovertida, y una de las cosas con las que más disfrutaba en mi puesto era hablar con los huéspedes. Había toda clase de personas: viajeros que estaban de paso, extranjeros que por alguna extraña razón acabaron en aquel remoto rincón, viejos solterones que, tras haber estado toda la vida dando tumbos por el mundo, habían dado con sus huesos en nuestra hospedería y se habían establecido allí... Y como el ambiente de King Arthur's Inn siempre fue muy desenfadado y familiar, no tenía ningún tipo de reserva en entablar conversación con cualquiera que se mostrara un poco receptivo. Resultaba realmente interesante, para una joven ingenua que había visto poco mundo, escuchar las historias que los huéspedes me relataban.

Fue en esa época cuando Nikolai apareció en nuestras vidas. Una noche, mientras cenábamos en familia, papá nos comentó que aquella mañana había aparecido un muchacho extranjero en su taller. Le dijo, con un acento casi ininteligible, que se llamaba Nikolai, que venía de Bulgaria y que quería ser su aprendiz, para poder seguir sus pasos y saber todo lo que papá pudiera enseñarle sobre relojes y la manera de repararlos. Papá, que no disponía de ninguna ayuda, pues no había conseguido inculcarnos el amor y la curiosidad por el mundo de la relojería, aceptó sin más, intrigado por conocer la historia del chico.

En aquel momento, Nikolai trabajaba como mozo de cuadra de una de las familias más prestigiosas del pueblo. El día

siguiente era domingo, día libre tanto para él como para nosotras, por lo que papá acordó reunirse con Nikolai después de la misa de la mañana, e invitarlo a almorzar con nosotras. La estampa que componían ambos, la primera vez que los vi juntos, se me quedó grabada a fuego en la memoria.

Heather y yo estábamos ya en casa, tras haber vuelto del sermón, mi hermanastra sentada frente al piano, acariciando distraídamente las teclas. Ella tocaba como los ángeles, parecía que había nacido con un don de niña prodigio; sin embargo, todo lo que sabía se lo enseñó un huésped de la posada que había sido profesor de piano. Mientras tanto, yo me encontraba en uno de los sofás, haciendo un intrincado bordado. La costura era para mí lo que la música para Heather. Una dominaba lo que para la otra era imposible, y, por esta razón, yo cosía para ella y ella tocaba el piano para mí. Era un equilibrio perfecto, y ambas disfrutábamos profundamente de esos momentos en que, juntas, cada una desempeñaba la actividad que mejor se le daba y más feliz le hacía.

Estábamos tan concentradas, cada una en nuestra tarea, que no percibimos su llegada. Cuando levanté la mirada de la labor, frente a mí estaba papá, de estatura media, con sus pequeñas gafas en la punta de la nariz y su cabello prematuramente surcado de canas, junto a un mancebo enorme, de aspecto ligeramente desaliñado, que parecía un personaje de una leyenda antigua sobre dioses y héroes. Tan pronunciado era el contraste entre ellos que me pregunté cómo iban a apañárselas dos personas tan distintas para entenderse y ser capaces de trabajar juntas.

Heather también lo estudió con curiosidad, intentando que el pobre muchacho no se sintiera incómodo. El joven se presentó con una educación que rayaba en lo pomposo. Parecía no estar muy acostumbrado a las formalidades vigentes

en Inglaterra, pero deseoso de aprenderlas y poder mimetizarse con el entorno. Al poco rato nos sentamos a almorzar y él, ya un poco menos cohibido, nos contó cómo había emigrado de su país natal y había terminado en Inglaterra, destino que consideraba un buen lugar en el que labrarse un futuro y encontrar mejores oportunidades de trabajo y de vida. Papá y Nikolai habían acordado que este dejaría su puesto como mozo de cuadra y comenzarían a trabajar juntos en la relojería. Encima del establecimiento había un pequeño habitación donde él podría residir. Después, se convirtió en un miembro más de la familia y empezó a pasar mucho tiempo en nuestra casa.

Si Heather, un buen día, no me hubiese llevado aparte para contarme la forma tan profunda e intensa que Nikolai tenía de mirarme, probablemente yo nunca hubiera reparado en ella. Pese a que el muchacho no me desagradaba, no formaba parte de mis inquietudes o deseos a corto plazo el encontrar marido, casarme y formar una familia. El mundo me resultaba demasiado inmenso e interesante, y había demasiadas cosas que quería hacer antes que eso.

Mi padre me había educado siempre de manera muy relajada y laxa. Jamás me inculcó que debía estar preparada para, en un futuro, ser una buena esposa y una madre ideal, sino todo lo contrario. Me educó como si en casa tuviese a una futura exploradora, a una posible escritora, a una aspirante a política rebelde que fuese a llevar a cabo una profunda reforma social. Siempre me dijo que debía aprender a valerme por mí misma, a tener curiosidad por el mundo, ambición por formarme y aprender todo lo que pudiera. Por lo que, cuando Nikolai empezó a cortejarme de manera sutil, siempre le contestaba de la manera más ambigua posible. Sé que no actuaba de la mejor forma, pero no podía evitarlo. Quizá sí, o quizá no, pero, desde luego, no era el momento.

No nos dábamos cuenta de que vivíamos un cuento dulce e idílico, ni éramos conscientes de que el peor de los finales estaba por llegar. Poco a poco, en forma de pasitos casi imperceptibles, la salud de Mary empezó a declinar. Y con el paso del tiempo, esos pasos cortos se terminaron convirtiendo en un descenso a los infiernos a velocidad vertiginosa. En la última etapa de su enfermedad, Mary quedó postrada en la cama, lugar del que no habría de levantarse y en el que acabaría falleciendo. Durante todo el tiempo en que estuvo allí, Heather no se movió de su vera, como un can protegiendo a su dueña. Intentaba aparentar fortaleza ante su madre, pero yo podía observar cómo iban apareciendo pequeñas grietas en su máscara de hija perfecta, fisuras que terminaron resquebrajando y descomponiendo a la Heather que conocí durante años.

En el momento en que Mary murió, dejó de ser la de siempre. Pasó a convertirse en una sombra de sí misma, en una caricatura apagada y ligeramente grotesca de la chica que antaño fue. Se plantó un vestido negro siguiendo las normas del luto y se encerró en casa, como si fuera una doncella que, tras haber sido víctima de un hechizo, se ve condenada a vivir eternamente prisionera en la torre de un castillo.

Durante la primera etapa del luto, yo tampoco volví a trabajar en la hospedería. Pero, conforme se fue relajando, y tras habérselo consultado a papá, me reincorporé a mi puesto. Heather no quiso volver a la fonda. Para ella, King Arthur's Inn era su madre. La veía en cada rincón, sentía su presencia en cada una de sus estancias. Yo entendía su dolor y lo respetaba, y por esa razón le dejé pasar su duelo en paz.

En casa teníamos tan presente a Mary que casi había olvidado que en unas pocas semanas celebraríamos el aniversario de su fallecimiento. De toda la familia, yo era la que más entera estaba a nivel anímico. No es porque no lamentase la

pérdida de mi madrastra, sino porque mi caso era distinto al de papá o Heather: yo había perdido a mi madre a los seis años, mientras que mi hermanastra acababa de perder a la suya, y papá, a su segunda esposa. Heather pasaba el duelo mediante la melancolía y la apatía, pero papá trataba de distraer su dolor con diversos entretenimientos.

Seguía levantándose temprano y yendo cada día a trabajar a su taller. Cuando volvía por la noche y terminábamos de cenar, se encerraba en su estudio a leer hasta altas horas de la madrugada, o se dedicaba a escribir cosas que luego no me permitía leer. Ambos seguían mal y yo era consciente. Pero no sabía qué más podía hacer, pues ya intentaba todo lo que se me ocurría para animarlos.

Estas eran mis cavilaciones mientras terminaba de adentrarme para acudir al trabajo, me sentaba a la mesa y observaba a Lucinda, nuestra doncella, servirme mi desayuno habitual compuesto de una taza de té cargado y un bol de gachas de avena. Esa mañana debía acudir a King Arthur's Inn bastante temprano, pues era día de colada y había mucho que hacer. En los días previos, el resto de empleadas y yo nos habíamos encargado de reunir todos los trapos, sábanas y prendas sucias que hubiese en la fonda, y las habíamos dejado en remojo con agua y jabón casero. Ahora empezaba el proceso de recopilar leña para encender un buen fuego, dejarnos los nudillos frotando bien cada tejido y enjuagarlos todos muy bien. Hacer la colada era extremadamente laborioso, por lo que solo se hacía una vez a la semana.

Era consciente de que me estaba demorando demasiado, así que me levanté de la mesa y me apresuré hacia la entrada. Cogí mi bonete y mi capa, que estaban colgados en el armario del recibidor, y me los coloqué con cuidado. No me gustaba que Lucinda me ayudase a arreglarme. Si se lo hubiese pedido, ella lo habría hecho gustosamente, pues era una muchacha

muy buena y hacendosa. Pero siempre tuve asociado eso de que los criados ayudasen a los amos a vestirse y acicalarse con las personas de más alta alcurnia que no son capaces de mover ni un dedo por sí mismas. Así que me despedí de ella mientras terminaba de hacerle un lazo a las cintas del bonete por debajo de mi barbilla, abrí la pesada puerta de madera de la entrada y me lancé a la calle de aquella gélida mañana de noviembre.

La hospedería quedaba bastante cerca de nuestra casa, a tan solo unos diez minutos. Y aunque estuviese próxima, aquel día el trayecto se me hizo eterno. Soplaban un viento helado y desagradable, que conseguía colarse por dentro de mis numerosas capas de ropa y congelarme los huesos. Finalmente conseguí llegar a mi destino y golpeé enérgicamente la puerta para hacerme oír. Eran las ocho de la mañana y, con toda seguridad, todavía habría gran cantidad de huéspedes en la cama, pero no llevaba mi llave y no tenía otra forma de conseguir entrar. Segundos más tarde, la maciza puerta se abrió, revelando la cara amable y familiar de la señora Cameron.

—¡Hija mía, estás helada! —exclamó al ver mi nariz enrojecida del frío y mis manos entumecidas—. Ve a calentarte junto al fuego, todavía no hemos empezado con la colada. Estoy terminando de hornear unos *scones*, ¿te sirvo uno junto a una taza de té? —me ofreció mientras me quitaba la capa y desataba las cintas del bonete.

Pese a la amabilidad de su tono, aquellas no eran preguntas, sino órdenes. Evelyn Cameron era de esas mujeres que no aceptan un no por respuesta. Antes de que me pudiera dar cuenta, estaba hundida en una butaca frente a una de las numerosas chimeneas que había repartidas en las estancias de King Arthur's Inn, con otra taza de té humeante y un *scone* recién hecho. Desde mi rincón, observaba el ajetreo que ya

estaba empezando a formarse en la fonda. Las otras empleadas iban de aquí para allá, preparando té, sirviendo pastas, friendo huevos, despertando a huéspedes...; todo esto, bajo las órdenes y la atenta mirada de la señora Cameron.

Amiga de la infancia de la difunta Mary, fue ella quien compró la mitad de la hospedería cuando Mary se casó con papá. Técnicamente, seguía siendo dueña de la mitad, pero había asumido las riendas de forma completa, ya que tenía dotes naturales de gerente que se encargaba de mostrar a cualquiera que franquease la entrada de King Arthur's Inn. Ella era quien manejaba el timón allí y quien mantenía vivo el establecimiento. Aportaba luz, calor, buen humor y cariño; era como la madre de todos, la tía cariñosa que te hace galletas por tu cumpleaños, la abuela que siempre espera a que llegues en el marco de la puerta. Nadie sabía su edad real, y como su aspecto indefinido no delataba sus años, podía perfectamente ser la madre o la abuela de cualquiera de los presentes.

Cuando terminó la hora del desayuno, los huéspedes se dispersaron, bien a zonas comunes, bien a sus dormitorios, o se marcharon a atender negocios o a hacer compras. Me levanté del sillón y me uní al resto de empleadas.

Mi primera tarea fue ayudar a transportar leña desde un cobertizo a la lavandería. Perdí la cuenta de los viajes que tuvimos que hacer otra chica y yo. Mientras tanto, la señora Cameron y otras dos empleadas se dedicaron a llenar una enorme cuba con numerosos cántaros de agua. Después, cuando hubo suficiente leña, encendimos un pequeño fuego. Mientras el agua de la cuba se calentaba, nos repartimos varios recipientes con agua jabonosa y nos dedicamos a frotar bien la ropa, sábanas y manteles. Frotamos hasta pelarnos los nudillos, pues era fundamental que saliesen todas las posibles manchas que los tejidos pudieran tener. El siguiente

paso del proceso era, cuando las prendas ya habían sido enjabonadas y frotadas, aclararlas en el agua caliente. Por último, cuando ya hubimos enjuagado toda la colada, salimos al pequeño patio interior a tenderla. Se nos había hecho prácticamente de noche, pues anochecía muy pronto.

Todo este proceso nos tomó el día entero, con solo una breve pausa para tomar el almuerzo. Perdí completamente la noción del tiempo y no me di cuenta de lo tarde que era, hasta que me estaba despidiendo de la señora Cameron, ya envuelta de nuevo en mi gruesa capa, momento en que miré el reloj de pie que había en la entrada. Eran las ocho de la tarde, por lo que supe que papá y Heather ya habrían cenado. Antes de que a la señora Cameron se le ocurriese la idea de ofrecerme cenar allí, me despedí y me marché.

Encontré la calle exactamente igual a como la había dejado esa mañana, doce horas antes. Era como si el tiempo se hubiese congelado y hubiese caído en un agujero negro del que acababa de escapar. Ya había anochecido, y hacía tanto frío como por la mañana, o quizá más. Me arrebujé en la capa y emprendí el camino, con paso ligero, hacia casa. Lucinda debió de verme a través de una de las ventanas, porque me estaba esperando con la puerta abierta.

—Señorita Charlotte, viene usted muy tarde hoy —dijo haciendo una tímida reverencia.

—Es verdad —reconocí mientras me desprendía de la capa y del bonete y se los daba a la doncella—. Hoy ha tocado jornada de lavandería y hemos pasado el día entero trabajando. Perdí la noción del tiempo —le expliqué.

—El señor Edward y la señorita Heather ya han cenado, pero le puedo servir a usted algo de comer si tiene hambre —sugirió Lucinda mientras nos encaminábamos hacia el comedor.

El olor de la sopa de la cena todavía permanecía en el aire. Probablemente ya se había enfriado por completo, y no que-

ría que Lucinda volviese a encender el fogón solo para servirme un cuenco. Al final me decanté por unas rebanadas de pan con mantequilla y una manzana. Mientras cenaba, le pedí a Lucinda que se sentase conmigo y me contase cómo había pasado el día. Era consciente de que tales gestos de confianza no eran habituales en las casas de la gente respetable, y de que no estaban bien vistos a ojos de la sociedad. Pero ella era de mi edad, año arriba, año abajo, y teníamos más cosas en común de las que podíamos darnos cuenta. Quizá se debía a pertenecer a la clase media baja y no tener demasiada madera de señora, pero yo veía a Lucinda más como a una igual que como a una subordinada.

Interrumpió nuestra conversación una nota triste de piano. Ambas nos sobresaltamos en cuanto la oímos, pues llevaba tanto tiempo sin sonar música en nuestra casa que era más probable que quien la tocara fuera un fantasma. Lucinda me miró, intrigada, y yo asentí en silencio. Nos levantamos de la mesa con suma precaución, tratando de no hacer el menor ruido, y anduvimos de puntillas hasta la sala de estar, donde se encontraba el instrumento.

Heather estaba sentada en la banqueta frente al piano de pared, dándonos la espalda. Probablemente había reparado en nuestra presencia, porque tenía un oído exageradamente fino, pero si lo hizo, no lo demostró. Una nota siguió a la otra, embarcándose suavemente en una melodía lenta y pausada que parecía despertar tras un largo letargo. Lucinda y yo, todavía observándola desde el marco de la puerta, la escuchábamos tocar casi hipnotizadas. Cuando la melodía terminó, un silencio sepulcral volvió a reinar en la estancia.

—Ha sido más bonito que ver las primeras rosas de la primavera abrirse tras un invierno gélido e interminable —le dije a mi hermanastra, mientras me acercaba por detrás y le ponía ambas manos en los hombros.

—Gracias. Llevaba un tiempo sin tocar, lo echaba muchísimo de menos. Pero sé que he perdido práctica..., es una pena —respondió ella, rozando delicadamente las teclas blancas y negras.

—Eso tiene fácil solución —comenté, alegremente—. Sabes que puedes tocar todo lo que te apetezca, en el momento que quieras. Siempre va a estar aquí para ti, igual que yo. Te quiere mucho..., igual que yo —dije, mirando cariñosamente a Heather.

—Lo sé, de la misma manera que sé que debería haberme tomado la música más seriamente cuando era niña —contestó ella, contemplando de forma sombría el instrumento.

—Yo creo que nunca es demasiado tarde. Tienes un don, Heather. Creo que podrías dedicarte a dar clases de piano a niñas de buena familia. Ya sabes que se ha convertido en un símbolo de estatus dentro de la clase media y alta —intenté animarla, sin éxito.

Ella no parecía estar escuchándome. El ambiente se había enrarecido ligeramente, por lo que pensé que lo mejor sería que me retirase. Llevaba todo el día sin ver a mi padre, así que fui a hacerle una pequeña visita a su estudio.

Pude percibir el olor a tabaco desde el pasillo, antes de entrar en la habitación. Toqué suavemente a la puerta, y cuando oí la voz de papá instándome a entrar, pasé. Sabía que no le gustaba que entrásemos sin su permiso, pues su estudio era su santuario, ese refugio al que acudía cuando necesitaba huir del mundo exterior. Lo encontré sentado frente a la pesada mesa de roble, oculto bajo una montaña de libros, documentos, cartas y distintos útiles de escritura. Un fuego de aspecto triste crepitaba débilmente en la chimenea. Al acercarme, vi que se encontraba escribiendo algo, de manera casi frenética. Parecía un genio que, presa de la ansiedad, o simplemente por querer dejar testimonio de sus ideas grandio-

sas, las plasma por escrito antes de que se evaporen de su mente.

Prefería no sentarme en una de las sillas que había frente a él, pues no quería sentir que mi padre me estaba recibiendo en su despacho como a una clienta. Últimamente apenas habíamos pasado tiempo juntos: él trabajaba el día entero, se iba muy pronto a la relojería y volvía a la hora de la cena. Nuestros horarios no solían coincidir, y cuando mi jornada laboral en la hospedería terminaba, siempre lo encontraba enfrascado en todo tipo de entretenimientos y ocupaciones, pero ninguno de ellos era sentarse a hablar y a pasar tiempo con su hija.

—Buenas noches, papá. ¿Qué tal? No te he visto en todo el día... —le dije, mientras miraba de reojo su escritorio.

—Buenas noches, hija. Ha sido un día agradable, Nikolai y yo hemos estado ocupados restaurando un viejo reloj que nos han traído unas monjas. Es muy bonito, estoy seguro de que podría gustarte —respondió distraídamente, sin levantar la vista ni la pluma del folio que tenía delante.

Si yo no hubiese tenido afán por continuar la conversación, esta habría muerto en ese instante. Si me hubiese retirado en silencio y abandonado la estancia, seguramente él ni habría reparado en mi ausencia. Desde que falleció su esposa, papá, al igual que Heather, dejó de ser él mismo. Haber perdido a dos mujeres fue un gran golpe para él, y la muerte de Mary lo hundió por completo. El duelo, para él, consistió en no parar nunca, en no detenerse a pensar en lo roto que se sentía. A veces incluso parecía que ni siquiera se paraba a tomar aire, y que respirar en un mundo en el que ya no estaba Mary le abrasaba los pulmones.

—Yo tampoco he parado en todo el día —comencé, pues no quería darme por vencida tan fácilmente—. Tocaba lavandería, y hemos estado el día entero inmersas en la tarea. Al

principio, recogí leña durante un buen rato para preparar el fuego, y después... —seguí parlotando.

—Charlotte —me cortó, de manera un poco brusca—. Lo lamento, pero estoy ocupado. Es mejor que continuemos la conversación en otro momento.

—Está bien, papá, te dejo trabajar. Buenas noches —dije, retirándome con rapidez de la habitación.

De un tiempo a esta parte, su carácter se había agriado. Antes no se le hubiera ocurrido dirigirse a mí en aquel tono. Ahora, en cambio, parecía no importar la forma en que le hablaba a los demás. En ocasiones me daba miedo dirigirle la palabra o relacionarme con él, pues si tenía uno de sus cambios de humor tan bruscos, sabía que era posible que pagase conmigo lo que fuera que le ocurriese en ese momento.

Ya era bastante tarde, y pensé que lo mejor era irme a dormir, pues poco me quedaba por hacer ese día. Subí las escaleras con cuidado de que no crujieran y caminé de puntillas por el pasillo para no despertar a Heather. Pero cuando entré en el dormitorio que compartíamos, ella tenía su pequeña lámpara de noche encendida y estaba leyendo un libro metida en la cama.

—Vaya, pensé que te habrías dormido. Es tarde, ¿no? —comenté, mientras retiraba las numerosas horquillas que sujetaban mi recogido y me soltaba la melena.

—Puede ser, pero me apetecía conversar un poco contigo antes de ir a dormir —respondió, levantando la vista del libro—. ¿Necesitas ayuda con el vestido? —preguntó, viendo que me estaba costando desprenderme de mi grueso vestido negro.

—No, está bien. No te preocupes —dije, sacándome el vestido por la cabeza y desabrochando el corsé—. Hoy ha sido un día muy atareado en la hospedería. Papá no ha querido escucharme, pero ha tocado hacer la colada, y de lo ocu-

padas que hemos estado, no he parado en todo el día. Estoy realmente cansada... —le conté mientras me ponía el camión.

—Recuerdo bien los días de lavandería. Tampoco olvido las agujetas en los brazos... que tú tendrás mañana —dijo esbozando una sonrisa tenue.

—Bueno, merece la pena. Todo el trabajo resulta muy reconfortante —respondí—. Oye, Heather... —procedí con cautela—. ¿No te planteas volver? ¿No te gustaría volver a trabajar en la fonda? Sabes que la mitad te pertenece —lancé las preguntas que llevaban tiempo rondándome la cabeza.

Heather permaneció en silencio, meditando muy bien su respuesta. Yo me metí en la cama, arrepintiéndome de haber dicho nada, y convencida de que ella no iba a responder. Me tapé con las mantas, le deseé buenas noches en un susurro casi imperceptible y me acurruqué en posición fetal, aunque sin cerrar los ojos.

—Quizá —dijo Heather—. Quizá se esté acercando el momento de regresar.